

ADIÓS

Adiós. / Salgo como de un traje / estrecho y delicado / difícilmente / un pie / después despacio / el otro, / salgo como de bajo / un derrumbe / arrastrándome / sorda al dolor / deshecha la piel / y sin ayuda. / Salgo penosamente / al fin / de ese pasado / de ese arduo aprendizaje / de esa agónica vida.

Decir que se nos murió Idea Vilariño, que nació en 1920, que debe su nombre a su genealogía anarquista; decir que integró la “Generación del 45” junto con los terribles Benedetti y Onetti; decir que le dedicó a este último algunos de los versos más hermosamente cáusticos de la poesía americana (*Aquí / lejos / te borro. Estás borrado.*). Todo eso es decir nada.

Tan insustancial como señalar que desfiguró los estigmas modernistas que legaron Agustini e Ibarborou, o que le huía a la fama como a la lepra, que rechazó la prestigiosa Beca Guggenheim (que a tantos colegas prostituye), el Premio Municipal dos o tres veces y quién sabe cuántas entrevistas, ediciones y reediciones, distinciones y laureles más.

Que murió la cronista compulsiva de la muerte (**Como un jazmín liviano** / que cae sosteniéndose en el aire / que cae cae cae / cae. / Y qué va a hacer.).

Que conoció el amor y lo amó sin piedad, sin especulaciones (*Yo no te pido nada / yo no te acepto nada. / Alcanza con que estés / en el mundo / con que sepas que estoy / en el mundo / con que seas / me seas / testigo juez y dios. / Si no / para qué todo.*).

Que en medio de la inocencia metafísica, de la abstracta métrica y la rima, abrió su cuerpo para amar y puso el cuerpo detrás y dentro del poema. El cuerpo en su belleza trágica: en su soplo de placer (**tu piel** / suave fuerte tendida / dando dicha / apegada / al amor a lo tibio. / Pálida por la frente / sobre los huesos fina / triste en las sienes / fuerte en las piernas / blanda en las mejillas / y vibrante / caliente / llena de fuegos / viva / con una vida ávida de traspasarse / tierna / rendidamente íntima. / Así era tu piel / lo que tomé / que diste.) y en su infinito calvario (**Este dolor** / raíz, esencia de este / pobre cuerpo que habito, que soy, que me hace ser, este dolor sin ecos / de pétalo arrancado, / que a veces totalmente se vacía en mi forma, / que es como una ventana cerrada al infinito. / (...) /Este dolor de fuego quemando mis paredes, / consumiendo mis noches en su llama amarilla, / este dolor de grito desgarrado, / de luna destrozada. / Este dolor, mi vida, mi agonía. Este dolor, mi cuerpo.)

Que padeció ese amor como cualquiera, como todos y como nadie fue la angustia (*Uno siempre está solo / pero / a veces / está más solo.*) y fue arrabal y fue Homero entonces y también fue Sartre. Todo esto es decir poquito. Es decir lo que ya todos saben.

Esta semblanza no estaría completa si no dialogara con quien esgrime que morir de amor resulta poco en estos días; por eso quiero concluirla evocando su faceta menos conocida.

Sólo un poema me obsequió expresamente político (“**Con los brazos atados (Vietnam)** /con los brazos atados a la espalda /un hombre /un hombre feo y joven /un rostro algo vacío / con los brazos atados a la espalda / lo hundían / en el agua de aquel río / -un rato nada más /lo estaban torturando no matándolo- / con los brazos atados a la espalda / no hablaba y lo pateaban en el vientre / con los brazos atados lo pateaban. /Le pateaban el vientre los testículos / se arrollaba en el suelo / lo pateaban. /Ahora mismo / hoy / lo están pateando.”)

Sin embargo, *los textos destinados al canto tienen una vida más rica y extensa que la de los libros*. La sentencia es de Idea. La hizo pública en la presentación de sus Canciones, en 1993. Entonces: triste sí, tristísimo; pero no escéptica. Trágica, sí, evidentemente; pero no nihilista. Idea fue al encuentro del pueblo por el canto y en sus canciones vuelven a crecer las venas anarquistas de su padre y tiembla todavía en otras voces: Zitarrosa, Viglietti, Araca la cana, Los Olimareños, tantos trovadores populares.

Ahora se nos fue a morir. La que huyó de la fama como de la lepra. ¿Me disculparía esta elegía leve? ¿O insistiría una vez más en su dictamen: *Inútil decir más. / Nombrar alcanza?* ¿Adivinó acaso que también Benedetti se nos iba? ¿Y fue su última huida de la vida pública, su manera de morirse también en el silencio? ¿Ser en pleno otoño apenas el crujido de una hoja?

En este adiós, yo, que no soy creyente, pido que por una vez el cielo exista. Para Idea.